



La casa pequeña

Porque había la casa grande y también la casa pequeña. Eran las dos del mismo estilo, del que tenían antes ciertas casas señoriales que sin pertenecer propiamente a ninguno arquitectónico sí llevaban todas, o al menos en su memoria es así, el sello de un cierto señorío en sus muros sólidos, de ladrillo rojo sentado y oscurecido por el tiempo. Estaban una a cada lado de la calle Duque de Sevilla, la grande en el número 14, lo recuerda bien porque era la dirección oficial del colegio, la que figuraba en los membretes y donde estaban los despachos, y la capilla, y el gimnasio y las cocinas y el gran portón color verde de doble hoja que abrirían antaño quizás quienes viviesen allí entonces de par en par para que entraran los carruajes pero del que ahora — quiere decir su ahora de entonces — se abría nada más una puerta pequeña en la hoja de la derecha; y el umbral de esa puerta es el que ella debía cruzar forzosamente antes de las 9 si no quería tener que suplicar encarecidamente a Margarita, la sirvienta que ejercía de implacable cancerbero, que por favor, por favor por favor, Margarita, déjeme entrar.

En la casa pequeña sólo había aulas, la dirección no era imprescindible utilizarla para nada y, por eso, cree que nunca se prestó atención al número. Sí estaba bastante más al principio de la calle y, como todo lo que rodeaba a ambos edificios era campo, cabe suponer que antes de trazar la calle las dos casas habían estado dentro de un mismo recinto; de hecho se decía, en el colegio, que las dos habían pertenecido a los duques de Sevilla, y que por eso la calle llevaba ese nombre. Había una niña, algo mayor que ella, a la que se conocía con el apodo de Chota — puede, dice, parecer un apodo raro, pero así era, y que desde luego no se le daba ningún tono despectivo o burlón porque era una niña con muchas amigas, y muy respetada como lo son las niñas de buena familia; ese tipo de niñas a las que las profesoras reprendían, sí, si era necesario, pero no con la acritud que se emplearía con las personas de clases inferiores — y de la que nunca conoció su verdadero nombre que, por lo visto, pertenecía a esa familia.